

A PROPÓSITO DE SOR JUANA A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

*Sor Juana a través de los siglos*¹ es la historia de un asombro, de un pasmo continuado por casi tres siglos. Unas veces elogiada, otras criticada, sor Juana acaparó la atención de sus contemporáneos; su celebridad –tanto por su vida, como por su obra– no tuvo fronteras temporales ni geográficas, como lo documenta exhaustivamente el libro del profesor Alatorre. No menos asombro representa la reunión de esta pasmosa cantidad de testimonios, de los más diversos orígenes. En su “Prólogo” dice Alatorre que durante varios años copió y anotó los textos, conforme los iba descubriendo; sólo al revisar las pruebas de imprenta leyó esta prolija historia de un tirón, en orden, de 1668 a 1910, y quedó –dice él– “fascinado”. Humildemente puedo yo, también, dar testimonio de esa fascinación: es apasionante ir descubriendo lo que las sucesivas generaciones vieron en sor Juana, cómo la leyeron, qué le elogiaron, qué le criticaron, como bandera de qué ideología la usaron.

Como se sabe, este libro tiene un antecedente en el trabajo de Francisco de la Maza, *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, concluido en 1966 y publicado póstumamente, en 1980². Alatorre explica en su “Prólogo” que en un principio su idea fue publicar unas *Adiciones* al libro de De la Maza, pero muy pronto vio la conveniencia de reeditar los textos ahí incluidos, tomándolos directamente de las fuentes originales, sin erratas, sin la confusa presentación hecha por su antecesor y reduciendo los comentarios a la máxima pertinencia. Para valorar la absoluta conveniencia de esta nueva recopilación baste con decir que los testimonios de De la Maza suman 180 y los de Alatorre 490.

Ya desde la primera noticia, tenemos un ejemplo del trabajo de enmienda de Alatorre. Bajo el apartado “El primer elogio, 1667”, De

¹ ANTONIO ALATORRE, *Sor Juana a través de los siglos (1668-1910)*, El Colegio de México-El Colegio Nacional-UNAM, México, 2007, 2 ts.: 681 y 716 pp.

² *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia*, rev. E. Trabulse, UNAM, México, 1980.

la Maza incluye dos noticias diferentes, una de 1668 y otra de 1676, y de esta segunda sólo dice que “Juana de Asbaje [error: para 1676, ya era sor Juana] vio impreso su nombre... firmando un soneto” (De la Maza, p. 35) y no reproduce lo que importa, es decir, el elogio que acompaña la presentación del soneto. Alatorre resuelve la confusión: se trata de dos testimonios diferentes; uno, de hecho, el que inicia la serie, de 1668, que forma parte del impreso *Poética descripción de la pompa plausible...* (a la dedicación de la Catedral en 1667), de Diego de Ribera, publicado en 1668. En los preliminares se incluyen once poesías laudatorias, encabezadas por el soneto de sor Juana (hecho que destaca Alatorre y que De la Maza pasa por alto); la joven Juana, de apenas 19 años, es presentada por Diego de Ribera como “glorioso honor del Mexicano Museo”. El segundo testimonio forma parte de los preliminares de otra obra de Diego de Ribera, *Defectuoso epílogo...* (sobre el gobierno del virrey fray Payo), publicada en 1676, en la que se presenta otro soneto de sor Juana como “De la nunca bastantemente alabada, armónica Fénix del Indiano Parnaso, la madre Juana Inés de la Cruz religiosa profesa del convento de San Jerónimo”. (Hay que decir que Alatorre tiene la sutileza de no ir señalando en notas a pie de página todas las veces que enmienda la plana a De la Maza.)

Para poder dar un esbozo, por lo menos, aproximado de lo que es este mundo de testimonios, los he separado en apartados y, de cada uno, destaco sólo algunos ejemplos.

LOS CONTERTULIOS

A través del recorrido que hace Alatorre puede verse que durante los siglos xvii y xviii las noticias son más o menos fidedignas. En primer lugar, por razones cronológicas (la contemporaneidad, en el xvii, y la cercanía, en el xviii); en segundo, porque aquellos letrados asombrados por sor Juana compartían con ella un mismo ideal estético, la admiración por los mismos modelos, la misma afición y apreciación de la cultura libresca y de la erudición, por lo que no se vieron en la necesidad de quitar o añadir cualidades a la figura de la monja.

La fama de sor Juana voló. En 1680, apenas doce años después de figurar en las prensas por primera vez, se le hizo uno de los honores más altos (y que fue definitivo en su vida): idear el arco triunfal para recibir al virrey marqués de la Laguna. Alatorre completa magníficamente la noticia con el testimonio de un decreto capitular en que se documenta que el arzobispo fray Payo y los miembros del cabildo catedralicio, excepto uno, votaron por que fuera ella y no otro el encargado de la tarea³. Considerando el pique que había entre los dos

³ Y sor Juana supo de esta apabullante votación, puesto que en su *Carta* al P.

cabildos (el civil había elegido a Sigüenza y Góngora), la elección de sor Juana resulta estratégica y muy razonada; aquellos hombres reconocían los quilates de la autora y sabían que con ella iban a la segura.

En 1689, la condesa de Paredes, amiga y protectora de sor Juana, le rindió *el* gran homenaje (tomando en cuenta lo difícil que era que los autores, en la Península o en las colonias, llegaran a ver publicadas sus obras): la publicación de la *Inundación castálida*, primer volumen de sus obras. En los preliminares encontramos uno que otro elogio interesante; por ejemplo, el romance de Pérez de Montoro, cuya última cuarteta fue, quizás, el origen del tópico del ingenio sorjuanino como el auténtico teo de América:

Goza, ¡oh felice América!, este nuevo
ignorado teo, que, difuso
ya en la noticia, vale el nuevo aplauso
con que el resto del Orbe le hace suyo
(t. 1, p. 37).

Pero quizás lo más destacable sean las aprobaciones de fray Luis Tineo de Morales y del secretario de la condesa, Francisco de las Heras, quienes traban el elogio tópico con una inteligente y sutil defensa del genio femenino. Fray Luis Tineo exclama:

Pues si todo esto junto [las cualidades intelectuales de sor Juana que ha enumerado] en un varón muy consumado fuera una maravilla, ¿qué será en una mujer? ¿Esto no es digno de inmortales aplausos? ¿No merece eternas aclamaciones? Fuera el negarlo una torpe ignorancia, fuera una rústica grosería (t. 1, p. 39).

Además, Tineo coincide asombrosamente con sor Juana en defender su intelecto y su capacidad poética como dones de Dios, talentos que no otorgó a todos y que hay que cuidar e incrementar para honrar lo recibido:

...reconozco que éstas son unas prendas y habilidades divinas que Dios las pone en algunos sujetos para demostración de su gran providencia, y motivos admirables de su mayor alabanza. Desdichadas prendas y habilidades si hubieran de ser ofensa de Dios. No son sino recreación honestísima y empleos decentísimos del religioso más ajustado... Lo

Núñez, con mal disimulada jactancia, dice al confesor, refiriéndose a la petición del Cabildo catedralicio para el Arco: “[ya me lo habían pedido tres o cuatro veces, mis- mas que yo me había negado], hasta que vinieron los dos señores juezes hazedores, que antes de llamarme a mí llamaron a la madre priora y después a mí, y mandaron en nombre del Excelentísimo Sr. Arzobispo lo hiciese, porque así lo avía votado el Cavildo pleno, y aprobado su Excelencia” (A. ALATORRE, “La Carta de sor Juana al P. Núñez”, *NRFH*, 35, 1987, p. 619).

que veo es que estas gracias Dios no se las da a todos, y particularmente a los tontos (t. 1, pp. 41-42).

Mucho más soberbia, pues está defendiendo la pasión de su vida, sor Juana escribe al padre Núñez: "...Dios me inclinó a eso, y no me pareció que era contra su ley santísima ni contra la obligación de mi estado. Yo tengo este genio. Si es malo, yo me hize. Nací con él y con él he de morir"⁴. Curiosa coincidencia.

En su defensa del derecho de las mujeres a ser inteligentes, y ostentarlo, De las Heras es más contundente y enfático que fray Luis Tineo: "No pienso gastarte, lector amigo... ni las admiraciones en ponderar con bisonería plebeya que sea una mujer tan ingeniosa y sabia, espanto que se queda para la estolidez rústica de quien pensare que por el sexo se han las almas de distinguir..." (t. 1, pp. 43-44).

La publicación de la *Crisis de un sermón* (en 1690) provocó un feroz y grosero ataque contra sor Juana. Sus amigos cerraron filas y escribieron varias defensas, todas –cual el caso ameritaba– sumamente elogiosas. Pero también hubo defensas al padre Vieira. Y aquí viene el caso curioso: una *Defensa del Sermón del Mandato del padre Antonio de Vieira* de Pedro Muñoz de Castro⁵, en la cual los argumentos para la defensa del portugués se quedan en el título, pues Muñoz de Castro no puede refrenar la enorme admiración que profesa a sor Juana:

¿quién habrá que se atreva a tal mujer? ¿Quién ha de contradecir sus razones y argumentos? Venerarlos sí, como oráculos, y admirarlos como prodigios. Pero contra la Fénix admirable, contra la Minerva sabia, ni de burlas, y más siendo tan corto mi caudal y tan limitado mi talento (t. 1, p. 57).

Esta admiración perduró mientras los dos vivieron. De hecho, absoluta primicia del libro de Alatorre son las tres composiciones de Muñoz de Castro a la muerte de sor Juana (un soneto, un epigrama latino y su traducción, t. 1, pp. 370-371), recogidas en el volumen manuscrito *Poemas varios* de fray Juan Antonio de Segura. Muñoz de Castro pudo haberlas compuesto el mismo año de la muerte de la monja (1695), pues como se ve era su gran admirador; o también pudo haberlo hecho hacia 1700, cuando Castorena y Ursúa pidió las colaboraciones para la *Fama y obras pósthumas*. Al final, Muñoz de Castro pudo haber sido de los castigados por Castorena y sus textos quedaron fuera del volumen⁶.

⁴ A. ALATORRE, *ibid.*, p. 623.

⁵ Publicada por JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ GARRIDO, *La Carta atenagórica de sor Juana. Textos inéditos de una polémica*, UNAM, México, 2004.

⁶ Muñoz de Castro era gran amigo de Juan Antonio de Segura, como lo afirma Segura en un epígrafe a uno de los varios poemas de Muñoz de Castro recogidos

Otra novedad es la curiosa dedicatoria del doctor Jacinto Lahedesa Verástegui a fray Francisco de Reyna, provincial de San Hipólito Mártir de Oaxaca, en los *Villancicos a Santa Catharina* de 1691. El elogio de don Jacinto resalta lo que todos: la abundancia de letras de sor Juana, su ilimitada capacidad para todas las ciencias: "...el prototipo de las ciencias, la maestra de las erudiciones, que con razón se puede llamar todo quien con tanto fundamento todo lo sabe..." (t. 1, p. 109); pero, para él, aún más digna de admiración es "la circunstancia de no debérsele a la inclinación de su ejercicio los frutos de su entendimiento, sino a lo singular de su virtud..." (*loc. cit.*). ¡Cómo debió de enojar a sor Juana semejante idea! ¡Infuso ese conocimiento que le ha costado tantos regaños, tanto trabajo y tantas horas de estudio! Si sor Juana, por una natural vanidad, leía todo lo que se escribía sobre ella, debió de hacer no pocos berrinches.

En 1692 se publicó el *Segundo volumen* de las obras de sor Juana, y aquí sí se lucieron los ingenios peninsulares: qué ramillete de bien razonados elogios, algunos de ellos auténticas piezas de fina crítica literaria. Joya entre todos es la censura del padre Juan Navarro Vélez. El padre, como formado en los ideales estéticos del barroco, reconoció las dos obras que, a partir de la publicación de este *Segundo volumen* y mientras esos ideales permanecieron vigentes, serían unánimemente reconocidas como las obras maestras de sor Juana: el *Sueño* y la *Crisis de un sermón*:

Pero, donde a mi parecer, este ingenio grande se remontó aun sobre sí mismo es en el *Sueño*... porque el estilo es el más heroico y el más propio del asunto; las translaciones y metáforas son muchas, y son muy elegantes y muy propias; los conceptos son continuos y nada vulgares, sino siempre elevados y espirituosos; las alusiones son recónditas y no son confusas; las alegorías son misteriosas, con solidez y con verdad; las noticias son una amaltea de toda mejor erudición, y están insinuadas con discreción grande, sin pompa y sin afectación (t. 1, pp. 114-115).

Destaco también el testimonio de don Pedro Ignacio de Arce, pues es de los primeros en señalar un aspecto que luego sería parte de la leyenda: la precocidad intelectual y autodidactismo de sor Juana (que ella corroboraría en la *Respuesta a Filotea*):

...A personas de autoridad que la han tratado, he oído que antes que supiese leer ni escribir hacía versos con elegancia... No había (por la

en el volumen *Poemas varios*: "Este romance hizo dicha tarde don Pedro Muñoz de Castro, mi gran camarada, y a quien hize primer fiscal de la Academia, ingenio a las veras peregrino y acertado, de que veerás más chistes adelante". De hecho, Muñoz hizo a Segura albacea de su obra, así fue como estos tres textos llegaron al volumen de Segura (incluso le pidió que quemara todos los poemas satíricos en los que se burlaba del virrey duque de Linares).

cortedad de la población adonde nació s or Juana) quien le enseñase, y, haciendo maestra a su aplicación ella propia, preguntaba a los pasajeros los caracteres y juntaba las voces con maravillosa advertencia... (t. 1, p. 185).

Además, Pedro Ignacio de Arce hace un ejercicio muy singular: refuta, aparentemente, la prerrogativa del sexo. Esto es, tras las defensas de fray Luis Tineo y Francisco de las Heras parecía estar la idea de que las extraordinarias facultades intelectuales y artísticas de sor Juana eran aún más admirables por tratarse de una mujer (“Pues si todo esto junto en un varón muy consumado fuera una maravilla,  qu  será en una mujer?...”, cf. *supra*, p. 507); en cambio, Arce sostiene “y la prerrogativa del sexo no sea motivo para crecer la admiración”; lo que en verdad debe fundamentar esa admiración es que “todo cuanto ha confirmado por especiosos a muchos varones en sus facultades, ha sobresalido con excelencia en nuestra autora” (t. 1, p. 186). Sor Juana no es una *rara avis* por ser mujer, sino porque en su obra ella sola reúne la “suavidad de Ovidio”, la “valentía de Virgilio”, la “dulzura de Garcilaso”, la “facilidad de Lope”, lo “numérico de Góngora” lo “ingenioso de Quevedo”, lo grave de Zárate, los “conceptos de Argensola”, las “locuciones de Hortensio”, lo “jocoserio de Pantaleón”, etc.

En general, los elogios de este segundo volumen consolidaron los dos casi epítetos que acompañarían cada vez la menc n de sor Juana: su universalidad de noticias y su *varonil* inteligencia (quizás el adjetivo más usado para calificar su genio). Pareciera que, por definición, no había manera de hablar de “inteligencia femenina”. Fray Pedro del Santísimo Sacramento relata una curiosa anécdota: había un provincial dominico sapientísimo que, incrédulo, se burlaba de todo lo que se contaba de la gran sabiduría de santa Teresa, hasta que habl  con ella. Entonces, pasmado exclam : “Padres, me habéis engañado. Dij steisme que entrase a hablar a una mujer, y a la verdad no es sino hombre, y de los muy barbados” (t. 1, p. 133).

Este segundo tomo acarreó aún más fama a sor Juana: ese mismo año (1692) se reimprimió su *Carta atenagórica* en Palma de Mallorca; recibí los homenajes de un “caballero recién venido a la Nueva España”, del conde de la Granja, avecindado en Perú, del peruano Juan del Valle Caviedes; a los que se sumaría en 1703 el más sustancioso homenaje del colombiano Francisco  lvarez de Velasco (una carta en prosa, dos cartas en verso y diez composiciones):

A vos, divina Nise (mas  qu  susto!),
tiritando la pluma entre los dedos,
toda anegada de miedos,
descolorido el gusto...
de pensar que es a Nise ( oh, qué vergüenza!)
a quien quiere escribir un poeta raso...
(t. 1, pp. 383-384).

O bien:

Paisanita querida,
no te piques ni alteres,
que también son paisanos
los ángeles divinos y los duendes
(t. 1, p. 409).

Frente a su “paisanita” Álvarez de Velasco hace valer su orgullo americano:

...y que ya por tu fama
crean algunos infieles
ser pueden racionales
lo que apenas de faunos nombres tienen:
que tenemos instinto,
que somos como gente,
que hablamos y sentimos,
y que somos también inteligentes
(t. 1, p. 410).

Pero el homenaje de Álvarez de Velasco va mucho más allá de esa “fraternidad latino-americanista”: está motivado por un auténtico conocimiento del oficio y, por lo tanto, por una razonada admiración del gran oficio de sor Juana. De conocedor a conocedor, el colombiano honra a sor Juana en composiciones que, a su vez, honran los hallazgos métricos de la monja “con sus mismas armas”⁷ (romance endecasílabo de esdrújulos, endechas endecasílabas, su “Segunda carta laudatoria”, que sigue muy de cerca los ovillejos).

En 1700, Juan Ignacio de Castorena y Ursúa publicó la *Fama y obras pósthumas*, en donde se incluyeron la *Vida* del padre Calleja y la *Respuesta a Filotea de la Cruz*; textos que corroboraron aquella precocidad, aquel aplicado autodidactismo intuidos por don Pedro Ignacio de Arce. Así, buena parte de la cargada de elogios está destinada a estos dos hechos:

No fue de la fortuna contingencia,
ni de la vana presunción jactancia,
aprender sin maestro la sustancia
fundamental de toda humana ciencia...
y como nadie es más que su maestro,
por que tú misma te excedieses sola,
tú te enseñaste a ti cuanto aprendiste.

⁷ Palabras de GERARDO DIEGO en la introducción a su *Antología poética en honor de Góngora. Desde Lope de Vega a Rubén Darío*, Revista de Occidente, Madrid, 1927, p. 8.

Dice el soneto laudatorio de don Feliciano Gilberto de Pisa Fernández de Heredia y Carvi (t. 1, pp. 253-254). Calleja exclama en su elegía: "...su maestro fue solo su talento. / ¡Oh gran fecundidad de suficiencia, / nacer sin padre tanto enseñamiento" (t. 1, pp. 304-305). Como era de esperarse, varias de las anécdotas relatadas en la *Respuesta a Filotea*, por su valor como anuncios de lo que llegaría a ser la monja, son celebradas líricamente: sonetos (uno de don Pedro María Squarzafigo y Arriola, t. 1, p. 254; otro de Francisco de León y Salvatierra, p. 268) a la temprana edad en que aprendió a leer (tres años); otro a la petición de sor Juana a su madre para que la vistiera de hombre y la mandara a la universidad (de don Juan Cabrera, t. 1, p. 256); unas liras al castigo que se imponía sor Juana de cortarse al pelo ante lección no aprendida (de don Francisco Bueno, t. 1, pp. 259-260); unas décimas a lo mismo (de doña María Jacinta de Abogader y Mendoza, pp. 285-286); por mencionar algunos ejemplos.

Todavía signo de la época, la *Fama*, el *Sueño* y la *Crisis* volvieron a ser las obras más aplaudidas. Sin embargo, como ya se vio, la cuestión biográfica fue la más socorrida. Los autores de los testimonios de la *Fama* conocían ya el final de sor Juana. Era muy difícil que alguno de ellos lograra intuir su dimensión trágica; por ello resaltan la lucidez y hondura analítica de estos versos de don Jerónimo Monforte y Vera:

Sin maestro, a las ciencias aplicada,
excedió a la enseñanza, iluminada
de tal sabiduría,
que maestro de todas parecía;
y tanto, que el discurso,
apurando su curso,
sepulcro en el descanso la previno,
del estudio cerrándola el camino;
pues notando su genio
que faltaron las ciencias a su ingenio,
tan veloz fue despojo de la muerte,
que aun lugar a la duda no la advierte:
mas ¿qué mucho, si en ella, al reducirse,
no estudiar fue lo mismo que morirse?
(t. 1, pp. 281-282).

Para otros autores, en cambio, el hecho tiene una lectura piadosa; hay, por ejemplo, varias composiciones "Al deshacerse la madre Juana Inés de los libros, y socorrer con su precio a los pobres" (epígrafe del soneto de la monja doña Catalina de Alfaro Fernández de Córdoba, t. 1, p. 288). Pero el gran promotor de la desafortunada leyenda hagiográfica es Castorena y Ursúa en su prólogo.

Entre los "contertulios" ubico también a Eguiara y Eguren. El apartado dedicado a sor Juana en su *Bibliotheca mexicana* (1755) tiene

como fuente principal la *Vida* del padre Calleja y la *Respuesta a Filotea*; pero como seguramente Eguiara pudo tener contacto con personas que conocieron a la monja añadió jugosas noticias como las anécdotas de fray Manuel de Argüello y fray Antonio de Gutiérrez (t. 1, pp. 585-586). El primero, fraile franciscano, experto en disputas escolásticas, era uno de los asiduos al locutorio de San Jerónimo. Alguna vez tuvo que impugnar cierta tesis particularmente difícil; habló, entonces, con sor Juana, y se hizo la luz. Argüello siempre reconoció su deuda con la monja. El caso de fray Antonio de Gutiérrez es más notable: español recién llegado a México, era sumamente escéptico de lo que se decía de las tertulias de San Jerónimo. Su amigo, el oidor Juan de Aréchega, lo convenció de asistir a alguna de esas tertulias:

Fue el fraile quien manejó la charla. Comenzó con temas a ras del suelo –historia, poesía, mitología– y poco a poco (“sensim”) fue levantándose a cuestiones de teología, de exegesis bíblica y de oratoria sagrada (“de re Biblica et concionatoria”), hasta llegar, mañosamente, a los puntos teológicos más sutiles (“in rariora abtrusioraque sacrae facultatis”). A partir de esta charla el escepticismo del fraile se mudó en rendida admiración (“quam deinceps mirabilem plane et omni maiorem laude affirmabat”)⁸.

De hecho, pudiera haber sido fray Antonio de Gutiérrez el “Muy señor mío” al que se refiere sor Juana en el comienzo de la *Crisis*; esto es, fue precisamente Gutiérrez quien pidió a la monja que escribiera la refutación al *Sermón del Mandato* del padre Vieira⁹.

Creo que la prueba más fehaciente de la autoridad literaria que fue adquiriendo sor Juana es su inclusión como parte del canon. Para cerrar el siglo xvii (1699), el erudito polaco Juan Miguel von der Ketten, en su *Apelles symbolicus*, la incluyó como autora de algunos símbolos. Alatorre señala que esta ampliación geográfica de la fama sorjuanina ha sido de lo más comentado por los letrados mexicanos, desde Cayetano Cabrera, en 1746, hasta José María Vigil, en 1874. El orgullo de los críticos mexicanos se debió a que, de los siglos xvii y xviii, Ketten fue el único europeo no español ni portugués que mencionó a la monja; “pero –comenta Alatorre– ...dejan en silencio lo más importante: en una obra tan erudita y exhaustiva como el *Apelles symbolicus*, el número de «símbolos» referentes a Neptuno pasó de dos a seis gracias a sor Juana” (t. 1, p. 233). En 1703, Joseph

⁸ ANTONIO ALATORRE y MARTHA LILIA TENORIO, *Serafina y Sor Juana*, El Colegio de México, México, 1998, p. 15.

⁹ Recordemos las primeras líneas de la *Crisis*: “Muy señor mío: De las bachillerías de una conversación que, en la merced que me haze, passaron plaza de vivezas, nació en Vmd. el desseo de ver por escrito algunos discursos que allí hize de repente, siendo algunos de ellos, y aun los más, sobre los sermones de un excelente orador...” (cf. A. ALATORRE y M. L. TENORIO, *op. cit.*, pp. 15-16).

Vicens, adicionador del *Arte poética* de Rengifo, recurrió a la monja como fuente de novedades métricas. En 1741, en su *Divertimento erudito*, frei Joao Pacheco, en el capítulo sobre la paronomasia y los versos paronomásticos puso varios ejemplos españoles, latinos e italianos y ejemplificó con cuatro letras sorjuaninas, y como ejemplo de lo que él llama modo lírico o mélico, en serie con autores griegos, latinos y con Camoens aparece sor Juana (Alatorre destaca la inexplicable ausencia de autores españoles, aun del mismo Góngora). Hubo otros casos aislados como la evocación, hacia 1750, de los ovillejos a Lisarda en una anónima fábula mitológica; una glosa anónima a una copla, etc., pero la consagración poética de sor Juana fue la aparición, todavía en el siglo xvii, de la *Ilustración al "Sueño" de la Décima Musa mexicana* del español Pedro Álvarez de Lugo, en el más genuino género humanístico del comento, al estilo de Herrera y el Brocense con Garcilaso o de Salcedo Coronel y Pellicer con Góngora.

LOS ILUSTRADOS

Muy bien podría fecharse el comienzo de la crítica ilustrada en 1726, con el testimonio de Benito Jerónimo Feijoo en su *Theatro crítico universal*: "Sólo diré que lo menos que tuvo fue el talento para la poesía, aunque es lo que más se celebra. Son muchos los poetas españoles que la hacen grandes ventajas en el numen, pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas facultades" (t. 1, p. 483). Juicio que ratificó dos años más tarde, en el tomo 4 al defender el genio de los españoles americanos: "Si discurremos por las mujeres sabias y agudas, sin ofensa de alguna, se puede asegurar que ninguna dio tan altas muestras... como la famosa monja de México, Juana Inés de la Cruz" (t. 1, p. 550). Los tiempos habían cambiado; sus versos dejaron de gustar, pero nunca se puso en duda su noticiosa erudición. Mucho más tarde, Alberto Lista, en *El imperio de la estupidez* (1796), puso a sor Juana como ejemplo de aquellos que saben contar sílabas para hacer versos, pero no son poetas.

Hubo que esperar hasta 1804 para que surgieran otras menciones europeas no españolas ni portuguesas, pero ya todas en el tenor ilustrado de Feijoo. Por ejemplo, el tono de la noticia que le dedica Friedrich Bouterwek, en su *Geschichte der Poesie* (1804) es bastante ambiguo; por un lado, habla de su "espíritu viril" (lo cual, debemos suponer, es un elogio); por otro, dice que a sor Juana corresponde el primer lugar entre las españolas que hacían poesía, sin embargo, no resulta nada honroso porque en la lista de las poetisas no brillan las españolas (t. 1, p. 623); resalta que tuvo más imaginación y agudeza que afectos sentimentales, pero echa de menos "una preparación crítica"; tiene entusiasmados elogios para *El divino Narciso*: "El público

español no había presenciado hasta entonces tan extraordinario revestimiento de los conceptos religiosos del catolicismo con los ropajes de la mitología griega” (t. 1, p. 624)¹⁰, pero, al mismo tiempo, señala que la “composición es descomunal, de mal gusto algunas veces”. En fin, los aplausos de Bouterwek son algo reticentes, “ilustrados”.

Éste es también el caso de otro estudioso alemán, Friedrich Buchholz (*Handbuch der spanischen Sprache und Literatur*, 1804); según Buchholz, no puede negarse a la monja genio poético, pero no merece “los desmesurados elogios que se le han prodigado”, pues, como su mundo, su temática es muy “estrecha”. Como Bouterwek, la parangona con las mejores poetisas, con excepción de Safo, pero como todas las “poetisas” “también ella carece de eso que siempre les ha faltado a las mujeres que hacen versos” (t. 1, p. 626).

La mayor parte de las menciones extranjeras de esta época muestran esa misma reticencia. Juan Nicolás Böhl de Faber (*Floresta de rimas antiguas castellanas*, 1821-1825): “sus poemas no pasan de la medianía” y “algunos son indecentes” (t. 1, p. 638); Ticknor (*History of Spanish Literature*, 1849): sor Juana fue una mujer notable, pero no como poeta; sin embargo, habrá que cuestionar su rigor, pues, según él, sor Juana nació en Guipuzcoa (t. 1, p. 663).

LIBERALES Y CONSERVADORES

Mención aparte entre los “ilustrados” merecen los liberales, nacionalistas mexicanos. A pesar de que el rechazo al Barroco era un síntoma de su tiempo, ¡qué miopía! En general, como hombres de letras, no escatiman elogios a la erudición de sor Juana, y, al parecer, es esa mucha erudición la única razón por la cual incluyen a la monja en sus recuentos de la historia cultural de México. Sabemos que la época marcaba un determinado rumbo estético, pero da la impresión de que a los críticos mexicanos les fue mucho más difícil que a los extranjeros hacer a un lado tanto sus cánones como los del Barroco, para poder apreciar en algo la obra sorjuanina.

Por ejemplo, Guillermo Prieto (en un artículo del *Museo Mexicano*, de 1844) escribió: “sus poesías pertenecen desgraciadamente a la mala época a que dio su nombre Góngora, y en sus metáforas extravagantes y en pensamientos ampolludos y ridículos puede competir con los más disparatados escritores del tiempo de Quevedo” (t. 1, p. 658); Francisco Zarco (artículo en *La Ilustración Mexicana*, 1852):

¹⁰ Es casi una constante entre los críticos alemanes el aprecio por *El divino Narciso*.

[sor Juana] adolece de todos los defectos y del mal gusto [cuando...] El juego de palabras había sustituido a la nobleza de ideas. [Con todo] sus obras deben contarse entre nuestra literatura, y es lástima que fuera monja, que se dejara llevar del mal gusto de su época y que tuviera que escribir tantas alabanzas... (t. 1, p. 672);

Ignacio Manuel Altamirano (“Carta a una poetisa”, *El Federalista*, 1871):

no seré yo quien recomiende a usted a nuestra sor Juana Inés de la Cruz... a quien es necesario dejar quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros, sin estudiarla más que para admirar de paso la rareza de sus talentos y para lamentar que hubiera nacido en los tiempos del culteranismo y de la Inquisición y de la teología escolástica (t. 2, p. 181).

A esta cerrazón estética, en algunos críticos, habría que añadir la candente cuestión nacionalista (por otro lado, signo de nuestro atribulado siglo XIX). Para Francisco Sosa, entre otros, sor Juana resulta doblemente culpable, por barroca y por no mexicana:

Era un talento privilegiado, era una inteligencia superior... pero esto nada más. La actual juventud literaria de México, la que se afana por la creación de una escuela nacional, no puede encontrar en los escritos de la célebre monja un modelo digno de ser imitado; pero, lo que es más triste todavía, no puede con justicia colocarla entre los escritores mexicanos, cualquiera que sea su mérito, porque pertenece legítimamente a la nación española (“Discurso” leído en la velada literaria del Liceo Hidalgo dedicada a sor Juana, 1874; t. 2, pp. 305-306).

Quizás de todos estos críticos liberales nacionalistas quien más duramente afila sus armas contra sor Juana sea Ignacio Ramírez, pero es que su ataque no iba en realidad contra la monja, sino contra el enemigo: José de Jesús Cuevas, conservador católico que, como se verá más adelante, en 1872 publicó todo un libro sobre la jerónima. Véase el tono: “¿Por qué ha merecido la pobre monja tan altos elogios del señor Cuevas? *Porque su poesía es la plenitud del amor humano y la piedad.* La traducción de esta frase me da esta otra: *sor Juana era muy enamorada y muy devota*”, y, como poeta, fue más bien “mediana” y “francamente prosaica” (“Carta al señor José de Jesús Cuevas”, 1874; t. 2, pp. 330-331).

Tan miopes como sus rivales liberales resultaron los críticos conservadores católicos, encabezados por José de Jesús Cuevas, cuyo discutible mérito es, señala Alatorre, haber sido el primero en escribir un libro sobre sor Juana (*Sor Juana Inés de la Cruz [1651-1695]*, 1872): “un libro insoportable –continúa Alatorre–, no sólo por su lenguaje florido,

cursi a menudo, sino también por sus disertaciones sobre religión y moral” (t. 2, p. 202). Cuevas comenta principalmente la obra religiosa de sor Juana; ignora los poemas amorosos, el *Sueño*, los villancicos, etc.; considera la prosa (más los *Ejercicios de la Encarnación*, los *Ofrecimientos para el Santo Rosario*, y otros escritos devotos, que la *Atenagórica*) superior a los versos, pues, en su opinión, “la versificación es en último término una debilidad mental”. Obviamente, en la renuncia final de sor Juana ve el inicio de su camino hacia la santidad (como lo habían hecho Oviedo, Beristáin, y otros). Nada más hay que ver lo que dice del siniestro padre Núñez: “varón ilustre, hermoso tipo de sacerdote, que presentaba en sí ese bello consorcio de ciencia y de virtud... Las conferencias de Juana con su confesor deben haber estado llenas de edificante piedad y de sutil espiritualismo” (t. 2, p. 211); o de Aguiar y Seijas “prelado y *amigo* [subrayo] de sor Juana” (t. 2, p. 227). Más que un análisis de la vida y obra de sor Juana, su libro es una diatriba contra los liberales de su tiempo.

LAS MENTIRAS Y LOS DELIRIOS

Durante buena parte del siglo XVIII la *Vida* del padre Calleja y la *Respuesta a Filotea* fueron el dique que contuvo las mentiras y los fantaseos. Pero en el siglo XIX, cuando ya no se leían ni la *Fama* ni los otros dos volúmenes, ya no hubo freno a la fabulación. La gran iniciadora del montón de mentiras fue la *Biographie universelle* de 1819, en la que sin ningún empacho se dice que sor Juana nació en 1614; que un tío materno muy preparado se encargó de su educación; que perdió a su enamorado cuando estaba a punto de casarse; que cuidó con piedad cristiana a sus padres hasta que murieron, momento en el cual entró al convento de las jerónimas; que murió de un ataque de apoplejía el 22 de enero de 1695; que publicó sus *Poesías* en Madrid en 1670. Todos estos errores pasaron a varios *Diccionarios* enciclopédicos como el de Narciso Oliva (1831), Vicente Díez Canseco (1844), Francisco de P. Mellado (1846) y José Domingo Cortés (1875); al volumen *Mugeres célebres de España y Portugal* de Juan de Dios Rada y Delgado (1868); al manual *Literatura americana* (1879) del guatemalteco Antonio Batres Jáuregui.

Es claro, pues, que sor Juana seguía siendo una figura de mención obligatoria, pero cada vez menos conocida. Abundan las inexactitudes: hay quien dice (Emiliano Pardo, *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, 1853-1856) que Santa Cruz escribió la *Atenagórica* para sor Juana, o que su papá era muy regañón, pero su mamá muy tierna; Manuel Payno (*ibid.*) dice que durante una inundación ¡en 1623!, la Virgen de Guadalupe se apareció a sor Juana, ésta le rogó y las aguas bajaron. Varios confunden a los virreyes y hacen a sor Juana dama

de la condesa de Paredes, etc. Un mentiroso de gran inventiva fue Adolfo de Castro (*Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, t. 42, BAE, 1857): sor Juana se enamoró perdidamente del virrey marqués de Mancera, hombre casado; ante la desilusión, se metió al convento; publicó sus obras en México después de profesar; luego apareció otra edición en Zaragoza en 1682; publicó un cuarto tomo, corregido y mejorado, en Madrid en 1690. Nada es cierto.

Pero el gran fabulador es Harold Dijon, caso muy curioso. En un primer artículo de 1871 se mostraba bien informado: consideró los poemas laudatorios de la *Fama*, hecho inédito –señala Alatorre– en la historia del sorjuanismo; tradujo varios textos de sor Juana; la defendió de los desprecios de Bouterwek y Ticknor. Luego, en un artículo de 1890 inventó que sor Juana aprendió latín a los 10 años y griego a los 12; que sobre su obra se había escrito en diversas lenguas europeas, casi tanto como en inglés y alemán sobre Shakespeare (detallitos que pueden considerarse inexactitudes). Finalmente, en el colmo del delirio, Dijon llegó a decir que sor Juana donó su cuantiosa fortuna para iniciar y propagar la devoción al Sagrado Corazón (lo que dedujo del soneto “Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba”, cuyo verso final presenta la imagen de un “corazón deshecho”).

No faltan las obras de ficción con sor Juana como personaje, como la pueril elegía de Eduardo Asquerino (1853), en la que el claustro salva a sor Juana del incesto, pues César, su enamorado, resulta ser, como en cualquier telenovela mexicana, su medio-hermano. También está el exitoso drama de José Rosas Moreno, estrenado en el Teatro Principal en 1876, en el que, como había inventado Adolfo de Castro, sor Juana se enamora del virrey Mancera. Como parte de estas ficciones se podría considerar una anécdota, que apareció por primera vez en el periódico *El Mundo* en 1891 (se repitió dos o tres veces después): una priora “de poco saber” regaña a sor Juana por su dedicación al estudio; sor Juana le responde “Calle, madre, que es una tonta”. La priora pasa un informe al arzobispo fray Payo, quien como respuesta escribe: “Pruebe la madre superiora lo contrario y se hará justicia” (t. 2, p. 567). El relato es totalmente inventado, pero qué asombrosa clarividencia para entender el espíritu de los tres personajes; hay aquí más agudeza que en los artículos pretendidamente serios.

LOS AGUDOS

A partir del momento en que el barroco se convirtió en mal gusto y la figura de sor Juana comenzó a decaer, hay que destacar los agudos estudios de algunos autores que no se dejaron llevar por el mal gusto y la moda ilustrada de condenar, a raja tabla, todo lo barroco. Entre ellos destacan los siguientes críticos: Juan María Gutiérrez (*Sor Juana*

Inés de la Cruz. Escritora americana, siglo XVII, Buenos Aires, 1865): libro no exento de inexactitudes (confunde a Vieira con Paravicino) y de curiosidades (dice que sor Juana fue la primera revolucionaria americana, pues se saltó el delecto y pasó directo a la lectura corrida). El académico don Santos Pina y Guasquet (“Discurso”, Zaragoza, 1870): ponderado, informado, atento al carácter razonador y libresco de la poesía sorjuanina y con una perspicaz novedad: su muy lúcida visión de la envidia como el auténtico martirio en la vida de sor Juana. Juan León Mera (*Biografía de sor Juana Inés de la Cruz, poetisa mexicana del siglo XVII, y juicio crítico de sus obras*, Quito, 1873) en quien empieza a vislumbrarse cierta defensa del gongorismo de sor Juana y de Góngora: “Atinado anduvo a fe quien llamó [a Góngora] «ángel de las tinieblas». Sí, se envolvió de tinieblas, mas no dejó de ser ángel; cayó arrastrando consigo multitud de secuaces, mas no se confundió con ninguno de ellos” (t. 2, p. 243). José María Vigil (“Discurso” leído en el Liceo Hidalgo, 1874) con su fundamentada visión de sor Juana como una intelectual en forma, cuya gran ocupación y preocupación fue el ejercicio libre de su pensamiento:

...y si... lo que caracteriza al libre pensador no es la materia sobre que piensa, sino la manera con que piensa, no me parece aventurado decir que sor Juana poseía una de esas inteligencias emancipadas [... por] la generalización filosófica, la fina ironía que revelan un alma profundamente pensadora... (t. 2, pp. 311-312).

Amado Nervo, primero en el artículo “Los restos del Pensador Mexicano y de sor Juana Inés de la Cruz”, aparecido en *El Mundo*, en 1899, en el que empezó a revalorar a Góngora, llamando a sor Juana “luna divina de ese sol hispano que se llamó don Luis de Góngora y Argote...” (t. 2, p. 632); y luego en su *Juana de Asbaje*, de 1910, “¿Que sor Juana se dejó influir por un hombre [Góngora] de este calibre mental? ¡Pues hizo bien, Dios de Dios!” (t. 2, p. 698). Menos conocido, otro reivindicador de Góngora fue Nemesio García Naranjo (“Biografía de sor Juana Inés de la Cruz”, *Anales del Museo Nacional*, 1906), quien, cosa curiosa, ve en el gongorismo de la monja una muestra de libre pensamiento, pues como Góngora “se mantuvo libre de las cadenas del clasicismo”; este autor es también un predecesor de Ezequiel Chávez en la intuición del choque de almas entre sor Juana y Núñez de Miranda. García Naranjo se basa en la biografía del padre Núñez escrita por su discípulo Juan Antonio de Oviedo, e intuye muy agudamente el conflicto que se gestó entre la monja y su confesor:

El padre Juan de Oviedo nos dice que el jesuita Núñez de Miranda nunca le prohibió en absoluto a nuestra excelsa poetisa el estudio de las letras y de las ciencias; pero más adelante se contradice cuando afirma que el

director espiritual de sor Juana siempre trataba de refrenar sus nobles anhelos de ciencia, al grado de que llegó a romper las relaciones que con ella lo ligaban¹¹, cuando se llegó a convencer de que sus bien intencionadas instancias nada conseguirían en el corazón de nuestra heroína. Este fanático e intransigente, a quien Oviedo apellida santo, fue el principal cómplice del crimen a que se sometiera Juana Inés los últimos años de su vida; fue el constante instigador de un suicidio lento, en que las armas empleadas eran los cilicios y las disciplinas (t. 2, p. 660).

Por supuesto, no puede faltar en esta lista Menéndez y Pelayo con el prólogo a su *Antología de poetas hispanoamericanos* (Madrid, 1893). Don Marcelino, tan anticulterano, supo ver la enorme valía poética de la monja, “a pesar de su época”:

En tal atmósfera de pedantería y de aberración literaria vivió sor Juana Inés de la Cruz, y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y extraordinario. No porque esté libre de mal gusto... sino porque su vivo ingenio, su aguda fantasía, su varia y caudalosa (aunque no muy selecta) doctrina, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento, así en lo profano como en lo místico... dieron a algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto (t. 2, p. 585).

Y vaya que dio pruebas de este aprecio por la obra de la monja. Y aquí un breve paréntesis-chisme. Para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América (1892), la Real Academia de la Lengua decidió elaborar una antología de la poesía hispánica. El director del proyecto fue Menéndez y Pelayo. Las academias correspondientes del mundo hispánico colaboraron entregando la antología de sus respectivos países. En México, los encargados de la selección de poetas fueron los académicos Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena. Los mexicanos cumplieron diligentemente el encargo y prepararon “un libro del cual se imprimieron, provisionalmente, unos cuantos ejemplares sin paginar –seis u ocho, según parece–, de los cuales se enviaron dos, carentes de portada, a la Real Academia Española”¹².

Menéndez y Pelayo publicó el primer tomo de su *Antología*, dedicado a México, en 1893, sin tomar en cuenta en absoluto el volumen preparado por Roa Bárcena. No entro aquí en detalles de los dimes y diretes sobre las razones de don Marcelino, las reacciones de los académicos mexicanos y las respuestas de los españoles (para ello véase el artículo citado en la nota 12). Lo que es un hecho es que los mexicanos tenían razones suficientes para estar ofendidos: su selec-

¹¹ Gracias al hallazgo de la *Carta* al P. Núñez, hoy sabemos que quien despidió al confesor fue sor Juana.

¹² FRANCISCO MONTERDE, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*, p. 19, *apud* A. ALATORRE, “Menéndez Pelayo y los poetas mexicanos: una escaramuza crítica”, en *Ensayos sobre crítica literaria*, CONACULTA, México, 1993, p. 151.

ción incluía setenta y seis poetas, Menéndez y Pelayo incluyó diecisiete; en su antología, a sor Juana antecedían un fragmento del anónimo *Triunfo de los santos*, un soneto de Terrazas (“Dejad las hebras de oro ensortijadas...”) y fragmentos de González de Eslava; Menéndez y Pelayo comenzó con sor Juana. Es en la elección de las obras de la monja donde está una de las grandes diferencias entre las dos antologías, y la gran vergüenza para los mexicanos. Nuestros académicos incluyeron únicamente ¡dos composiciones!: el romance “Finjamos que soy feliz...” y el soneto “¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama...”; mientras que Menéndez y Pelayo incluyó treinta y una¹³, y no sólo eso, sor Juana es la autora representada con más composiciones (le sigue José Joaquín Pesado con quince). Hay que reconocer que don Marcelino dio muestras de un gusto literario más refinado y selecto. Con todo, el gran poema de sor Juana, el *Sueño*, su favorito, siguió sin volver a la palestra.

Alatorre incluye absolutamente todas las noticias relacionadas con sor Juana; a las cuestiones académicas suma sorprendentes noticias como el caso rarísimo del sacerdote liberal, Agustín Rivera, que publicó en Lagos de Moreno, en 1891, un libro titulado *El cempazúchil. (Entretenimientos de un enfermo)*, en el que dedicó un detenido e informado análisis a la *Atenagórica* y a la *Defensa* de Viera de Margarida. Es más que asombroso que ya casi en el siglo xx, en Lagos, alguien tuviera noticia de estos escritos (sobre todo del de la portuguesa¹⁴), y luego tuviera el aplomo y el interés de hincar el diente en asuntos tan abstractos, para concluir: “Yo mismo no he podido resistir dos veces al sueño, al oír tantos insulsos desvaríos” (t. 2, p. 563).

Y qué decir del montón de sabrosas anécdotas. Cito sólo dos, particularmente curiosas: la cruzada emprendida por Victoriano Agüeros, en 1885 en el diario *El Tiempo*, con el fin de recabar fondos para salvar la abandonada celda de sor Juana (y el poco éxito de la recaudación). Y la noticia de que en aquella velada del Liceo Hidalgo dedicada a sor Juana, había el riesgo de un motín de los liberales, encabezados por Altamirano e Ignacio Ramírez, por su desprecio

¹³ Los poemas incluidos por Menéndez y Pelayo son, según la numeración de las *Obras completas* editadas por Méndez Plancarte (F.C.E., México, 1951): 145, 168, 169, 148, 153, 155, 156, 157, 173, 135, 15, 213, 2, 92, 74, 103, el villancico “Aquella zagala...”, fragmentos de *El divino Narciso*, 147, 164, 165, 211, 212, 84, 91, 4, 6, 76, 70, 56, 57 y 58.

¹⁴ El mismo padre Rivera dice que tiene el libro de la *Apología* de Margarida, impreso en Barcelona, en 1734, “y debe de ser una obra muy rara, porque con admiración he visto que ni en los *Tres siglos de México* por el padre Cavo, en donde habla de sor Juana, ni en el *Teatro crítico* de Feijoo... ni en la biografía de sor Juana en la *Bibliotheca* de Beristáin, ni en las *Disertaciones* de don Lucas Alamán... [y varios casos más] se encuentra noticia de dicha *Apología*” (t. 2, p. 563).

hacia esa hispanizada monja gongórica. En fin, para más chismes, consúltense los tomazos que aquí reseño.

Como ha podido apreciarse, la historia crítica de sor Juana ha tenido grandes momentos y vergonzosas caídas. No creo que ahora estemos en un buen momento. En los últimos años ha habido una avalancha de estudios sorjuaninos, pero estos trabajos no han constituido ningún aporte o avance sustancial en el estudio de sor Juana; al contrario, debido a su carencia de rigor y a su desaforada búsqueda de novedad, han desdibujado la obra de la monja, que se pierde en el trazo de las trayectorias académicas e intelectuales de los estudiosos en cuestión. En cambio, el sorjuanismo de Alatorre es una consecuencia lógica de su trabajo como filólogo y estudioso de la poesía barroca; dentro de este trabajo, el estudio de sor Juana –broche de oro del Barroco– cae –para usar una expresión sorjuanina– como en su centro. Por eso hay que saludar con bien fundado júbilo la publicación de este imprescindible libro de Alatorre, hecho con la inteligencia, pasión y paciencia del verdadero filólogo. Su lectura es una auténtica delicia. El profesor muestra que la erudición y el rigor no están peleados con la amenidad: “es cebo lo gustoso para lo importante”, escribe Gracián. No cabe duda de que sor Juana y Alatorre están hechos el uno para el otro. Desde aquel primer artículo de 1964¹⁵, quedó claro y ahora se confirma. Sor Juana encontró al estudioso que merecía: mi profesor Antonio Alatorre.

MARTHA LILIA TENORIO

El Colegio de México

¹⁵ “Nota (prescindible) a unos sonetos de sor Juana”, *El Rehilete*, núm. 11, mayo de 1964, 45-56.